

Eduarda Mansilla

Este texto es una mirada sobre una intelectual poco conocida del siglo XIX y sobre el ambiente cultural de esa época.

Viajera y políglota, Eduarda Mansilla fue, como pocos, una traductora y una intérprete de idiomas y también de culturas.

por **María Rosa Lojo**
(Escritora. Investigadora del Conicet)



traductora
impertinente
y apasionada

Eduarda Mansilla (1834-1892) nació en Buenos Aires, dentro de la clase alta de origen hispano-criollo. Perteneció, por el lado materno, a una familia en la que las mujeres (su abuela Agustina López de Osornio, su tía Encarnación Ezcurra, su prima Manuela Rosas, su madre, Agustina Rosas de Mansilla) tomaban decisiones económicas y políticas, y tenían una opinión influyente, no sólo en asuntos domésticos sino también en la vida pública. Recibió una educación excepcional para una joven de su época y salió al mundo sin mayores complejos, ni por su condición femenina ni por provenir de un remoto y joven país sudamericano (después de todo, era la sobrina de Juan Manuel de Rosas, que había resistido los bloqueos de Francia y de Inglaterra, y ella misma –siendo aún una niña– había oficiado como intérprete de su tío ante el conde Walewski, embajador francés).

Sus años en Francia, como esposa del diplomático argentino Manuel Rafael García, la instalaron en el "gran mundo" (la corte de Napoleón III y Eugenia de Montijo). Conoció a los más destacados literatos, músicos y cantantes (ella misma lo era, aunque actuó, por razones de género y decoro, sólo como una refinada *dilettante*). Y también escribió una novela en francés (*Pablo, ou la vie dans les Pampas*, 1869) cuyo gran tema es el desamparo de las mujeres –ineducadas y solas– en esas pampas, y el trágico destino de las madres a las que la guerra civil les arrebató sus hijos, es decir, lo único que las justifica ante la sociedad.

Lo mismo que Sarmiento en el *Facundo*, Eduarda pretendía "explicarles" la Argentina a los europeos y, sobre todo, a los franceses (aunque, a diferencia de Sarmiento, lo hizo en la propia lengua de sus "lectores modelo"). Francia fue siempre para Eduarda Mansilla la norma del buen vivir, del buen comer, del vestir elegante, del gusto en todo¹. Lectora asidua de la literatura francesa, clásica y romántica, se convirtió también, con envidiable facilidad, en autora bilingüe. Pero su actitud ante esa cultura que sin duda admiraba, y de la que participaba también, estaba muy lejos de ser burdamente imitativa, o penosamente exculpatoria de la "barbarie" argentina ante la civilización europea.

Por el contrario, en *Pablo...*, Eduarda se permite señalar, nada menos que a los

europeos, que ellos también han sido bárbaros –hasta extremos jamás alcanzados por los gauchos vernáculos–, y que son bárbaros todavía: "Se combate entre nosotros, es verdad; en Europa se combate también, y aquí como allá, se ven siempre enfrentadas las grandes corrientes que agitan los mundos".² No deja de advertir que si tantos inmigrantes llegan de Europa a la Argentina, es porque huyen de males que en esta última se desconocen (*Pablo*, 33). Por momentos, el tono se vuelve admonitorio, casi de reproche: "Para ellos, seremos siempre unos salvajes. Es hora de que aprendan a juzgarnos de otro modo". (*Pablo*, 192). De la "barbarie" como mito o como estereotipo surgido en los centros hegemónicos europeos e impuesto desde ellos, como un molde de la mirada, a la condición hispanoamericana, se pasa en los textos de Eduarda a concebirla como violencia de la condición humana en general, de la que no están exentos quienes se creen superiores y, menos aún, quienes se proponen imponer el progreso y la civilización "a golpes de sable"³. La "barbarie" social, y sobre todo la "barbarie" en que la sociedad hace vivir a las mujeres, "parias del pensamiento", encarceladas en su ignorancia, no se remedia con la importación de modelos, sino con la comprensión profunda de lo que sucede en el tejido interno de la comunidad, con la percepción adecuada de las necesidades locales, de las raíces culturales criollas y, sobre todo, con la adminis-

tración de justicia y el reconocimiento de los derechos de los subalternos (gauchos e indios). Esta cuestión se instala ya en su primera novela publicada, *El médico de San Luis* (1860).

En su siguiente novela⁴ *Lucía Miranda*, Mansilla dota de un extraordinario espesor psicológico y temporal –otorgándole un denso pasado– al personaje que aparece en el episodio de *La Argentina manuscrita* (1612)⁵ y que configura uno de los mitos fundacionales argentinos. Su Lucía no es ya sólo la mujer cautiva vista como mera víctima. Es un sujeto valeroso que decide su destino. También es una mujer letrada, lectora desde niña, que en el primer asentamiento español en tierras rioplatenses, funciona como *la intérprete por excelencia, la mediadora entre mundos*, la formadora de las costumbres, la que aporta sus propias prácticas culturales amoldándolas e integrándolas paulatinamente con la cultura del pueblo aborigen que la recibe y, especialmente, con sus mujeres⁶. Con tanta presencia de ánimo como cualquier soldado, Lucía aventaja sin embargo a los varones en el arte de comunicarse con otros seres humanos, y en una función –la educativa– que la novela juzga por encima de la épica militar.

Eduarda se refirió también, en primera persona, a su propio tránsito por otro medio cultural, contado ahora, para los argentinos, en sus *Recuerdos de viaje* (1882) que narran su estadía en los Esta-

1- En los "Preliminares" a sus *Recuerdos de viaje* (1882) (reeditado por Ediciones del Viso, 1996) Eduarda rememora su viaje del Havre a Nueva York, y contrapone el tipo de servicio que brindan las líneas transatlánticas francesas e inglesas, de acuerdo con la idiosincrasia de ambos pueblos. Compara la comida, las comodidades, la atención, la compañía, las diversiones, y el balance es entusiasta a favor de Francia: "Y aquí, para no ser ingrata ni olvidadiza con una nación que tanto quiero, diré que, personalmente, yo prefiero hasta naufragar con los franceses." (Mansilla, E. op. cit. 1996, 22).

2- "On se bat chez nous, c'est vrai; en Europe on se bat aussi, et, ici comme là bas, on voit toujours aux prises les deux courants qui agitent les mondes..." (*Pablo, ou la vie dans les Pampas*, París, Lachaud, 1969, 31.)

3- "La liberté fut bien souvent imposée à coup de sabre, et l'amour de la justice sert presque toujours à opprimer." (*Pablo...*, 192)

4- Según consta en cartas a Vicente Fidel López, *Lucía Miranda* fue la primera de las dos novelas, en cuanto a su proceso de escritura, pero publicó primero *El médico de San Luis* y, en el mismo año, el folletín de *La Tribuna* (del 10 de mayo al 4 de julio de 1860). Luego apareció su *Lucía Miranda*.

5- Hacia 1612 se habían concluido los *Anales del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata*, obra que se conoció luego –por su modo de circulación– como "La Argentina manuscrita", y fue publicada sólo en 1836, por el erudito napolitano don Pedro de Angelis, en su notable "Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata". Su autor fue el funcionario y militar Ruy Díaz de Guzmán (Asunción, circa 1558-1629), hijo de Alonso Riquelme de Guzmán, y de doña Úrsula, una de las hijas mestizas del conquistador Domingo de Irala.

6- Me he explayado extensamente sobre éste y otros tópicos en la "Introducción" a la novela *Lucía Miranda*, Madrid/Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2007, edición de María Rosa Lojo y equipo.

7- También cumpliendo el papel de "diplomática consorte", Eduarda Mansilla vivió en Estados Unidos de Norteamérica en 1860 y entre 1868 y 1872. Ver, en general, para sus circunstancias biográficas, el libro de su hijo Daniel García Mansilla (*Visto, oído y recordado*, Buenos Aires, Kraft, 1950) y mi novela *Una mujer de fin de siglo*, Buenos Aires, Sudamericana DeBolsillo, 2007.

dos Unidos de Norteamérica en la época de la Guerra de Secesión⁷. Mucho menos fascinada que un ilustre viajero anterior –su amigo Sarmiento–, por los avances industriales y tecnológicos se detiene, con ironía, en aspectos que le parecen groseros, impostados o ridículos. Por momentos su recorrida por la sociedad estadounidense se parece a un periplo entre los “bárbaros”. Pero, como en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), de su hermano Lucio, la “barbarie” –esta vez la de los yankees– tiene también sus seducciones: si los estadounidenses flaquean en las formas estéticas y en las sutilezas del *savoir vivre*, en cambio el respeto a los principios, la obediencia a la Constitución, la tolerancia religiosa, la filantropía, resaltan para ella como valores de jerarquía superior. El aporte más extraordinario le parece la singular posición que en esa sociedad ocupan las mujeres: gozan de una relativa libertad, viajan solas y pueden ganar dinero en actividades que en la Argentina están reservadas a los hombres (como lo están todas las profesiones): por ejemplo, el periodismo⁸. Esto sin abjurar, todo lo contrario, del poder doméstico, que parece alcanzar en el Norte una realización de la utopía planteada ya en *El médico de San Luis*: la transformación positiva de la sociedad a través de las costumbres que se inculcan en el *home*⁹, gobernado por la autoridad materna.

El trabajo de traducción cultural no es, en la escritura de Eduarda Mansilla, reproductivo, sino productivo. No propone la copia de originales preexistentes. Propone otros originales. Una de sus notables innovaciones en este sentido, es haber sido la primera autora en la Argentina, de un libro (*Cuentos*, 1880) pensado y escrito para los niños de su propio país¹⁰. Sin rechazo chauvinista ni admiración irrestricta por lo extranjero, su mirada va de un lado al otro, sopesa y valora, para desembocar en un proceso innovador que conduce a la autoafirmación de la voz autorial, capaz de crear un espacio único desde donde hablar por cuenta propia.

Como todo buen traductor, Eduarda Mansilla supo que traducir una lengua conlleva traducir una cultura, y lo hizo de manera impertinente y apasionada. Impertinente, porque no convalidó, sin más, la mirada de los centros de poder. Apasionada, porque juzgó y opinó, lejos de la neutral indiferencia. Escribió con amor sobre lo propio, con admiración y también con ironía sobre lo ajeno, aceptando lo valioso y asimilable. Al igual que uno de los personajes de sus ficciones, unió “a una vasta instrucción adquirida en los libros, otra no menos sólida é importante en la época actual: el conocimiento de los demás pueblos”¹¹.



María Rosa Lojo

Es escritora, Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en la UBA. En la Universidad del Salvador dicta un Seminario-Taller de Doctorado.

Publicó diecisiete libros: tres de poemas en prosa (*Visiones, Forma oculta del mundo, Esperan la mañana verde*); cuatro de cuento (*Marginales, Historias ocultas en la Recoleta, Amores insólitos, Cuerpos resplandecientes*); seis novelas (*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste, La pasión de los nómades, La princesa federal, Una mujer de fin de siglo, Finisterre*), y cuatro de ensayo (*La 'barbarie' en la narrativa argentina -siglo XIX-, Sabato: en busca del original perdido, El símbolo: poéticas, teorías, metatextos, Cuentistas argentinos de fin de siglo*).

Obtuvo, entre otros, el Primer Premio de Poesía de la Feria del Libro de Buenos Aires (1984), Premio del Fondo Nacional de las Artes en cuento (1985). En novela (1986), Segundo Premio Municipal de Poesía de Buenos Aires, Primer Premio Municipal de Buenos Aires “Eduardo Mallea”, en narrativa (1996), por la novela “La pasión de los nómades”. Recibió varios premios a la trayectoria: Premio del Instituto Literario y Cultural Hispánico de California (1999), Premio Kónex a las figuras de las Letras argentinas (1994-2003), Premio Nacional “Esteban Echeverría” 2004, por el conjunto de su obra narrativa.

8- Existía una nutrida actividad periodística femenina, en publicaciones independientes. La primera fue *La Aljaba*, en 1830, dirigida por Petrona Rosende de Sierra, que cerró al poco tiempo, desalentada por ataques y burlas, y continuó a partir de 1852, luego de la caída de Rosas. Pero las mujeres no percibían dinero por este trabajo (las más de las veces les resultaba muy difícil sostener la continuidad de las publicaciones) y, en general, tenían cerrado el acceso al periodismo profesional en los grandes diarios.

9- Sucede aquí lo mismo que en otra novela escrita por una mujer: *Uncle Tom's Cabin*, que también fue considerada “conservadora” por un sector crítico. Como lo señala agudamente Jane Tompkins (“*Sentimental Power: Uncle Tom's Cabin and the Politics of Literary History*”). Íd. *Sensational Designs*. New York-Oxford: Oxford University Press, 1985, 123-146), apunta, empero, a una crítica profunda de las estructuras económicas y sociales estadounidenses y su manejo por parte de los varones.

10- “sólo he intentado producir en español lo que creo no existe aún original en ese idioma: es decir el género literario de Andersen. ¿Cuál ha sido mi objeto al componer estos cuentos? Debo confesarlo, aun cuando la pretensión parezca superior a mis fuerzas. ¡Vivir en la memoria de los niños argentinos! (...) La acogida benévola que obtuvo Chinbrú, publicado en folletín, acentuó en mí la idea que desde Europa me atormentaba tiempo há, cuando mis hijitos que adoran a Andersen, devoraban ávidos las obras de la Condesa de Ségur, tan popular en Francia. Casi con envidia veía el entusiasmo con que esas inteligencias, esos corazones que eran míos, se asimilaban sentimientos e ideas que yo no les sugería; y más de una vez traté de cautivar a mi turno con mis narraciones, al grupo infantil.” (Mansilla E., *Cuentos*, Buenos Aires. Imprenta Juan A. Alsina, 1880, V-VII.)

11- *Creaciones*, Buenos Aires, Imprenta Alsina, 1883, 203.